

de carne y hueso, en todo semejante á las bestias que no tienen entendimiento? Abdiquen su dignidad los que encuentran demasiado graves los deberes á que ella les obliga; nosotros, al ver impresa en nuestra alma la imagen y la semejanza de Dios; al sentir animado nuestro cuerpo por aquel soplo de vida que procedió de la boca del Altísimo, repetiremos con el Profeta: *Benedic anima mea Domino: et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Psalm. CII, 1.

## CONFERENCIA CUARTA

---

# LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

Anima rationalis et caro unus est  
homo.

SÍMBOLO ATANASIANO.

## LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

Lejos estamos ya de aquel que nos sirvió de punto de partida para emprender el largo camino de la investigación científica en las cuestiones que más de cerca tocan á nuestra humana naturaleza, é íntimamente se relacionan con el término final de nuestros destinos. Desde la materia elemental, incapaz de producir espontáneamente la vida, hemos llegado, por una série de lógicas inducciones, á la afirmación del alma espiritual.

<sup>1</sup> El Excmo. Sr. Obispo de Zamora.

A poco que hayáis parado vuestra atención en el método que hasta aquí he seguido, habréis observado que me detuve más en exponer las opiniones opuestas en nombre de la Ciencia á las enseñanzas de la fe, que en desarrollar las verdades fundamentales en que apoyándose la Religión, descende al terreno de los hechos, para ejercer con el hombre su misión de paz, y es de notar el contraste que en sus aplicaciones prácticas ofrecen las encontradas doctrinas, y á qué consecuencias tan opuestas llevan los antitéticos principios.

El positivismo, encastillándose, como dice, en la observación y en la experiencia, no quiere hacerse solidario de los fatales resultados á que le conducen la ley innexorable de la lógica y la evolución natural é incontrastable de sus perversas teorías. Todos los órdenes de la actividad humana amenazados de espantable desquiciamiento; la sociedad agitándose como barca sin timón entre los horrores de la anarquía; los principios eternos de la moral y de la justicia derribados por los suelos, no son bastantes para ahogar en su pecho los gritos de blasfemia que á todas horas resuenan en nuestros oídos, y lleno de soberbia, pretende romper con su clava las murallas de granito que contienen las furias del Occéano, y escalar el cielo para robar-

nos la más consoladora de nuestras esperanzas.

No digáis, señores, que inflamado yo por la centella de indiscreto celo, me dejo llevar de un arrebató, y, pesimista en mis apreciaciones, pinto con negros colores este cuadro de desolación y de ruinas. Suprimid el alma, haced del hombre un autómeta, y veréis llegar tras de esa negación, el funeral acompañamiento de las desdichas que menciono, como si suprimís ese astro misterioso perdido en las soledades del espacio, y á cuyo alrededor giran todos los sistemas del Universo, presenciareís el derrumbamiento de la Creación entera.

Harto lo saben los patriarcas del moderno materialismo, y es de ver los esfuerzos que hacen para arrancar de sus frentes el estigma de maldición que contra ellos lanzan la Religión y la Historia, estigma que les llena de oprobio, maldición que les asegura el soberano desprecio con que la parte más sensata y más honrada del linaje humano, recibirá siempre sus declamaciones insensatas.

No así la fe, con sus saludables enseñanzas. Más práctica que teórica, desde el momento en que hace de las obras el alma de su vida, no vacila en aceptar los hechos perfectamente demostrados, y las consecuencias que de ellos se siguen; considera al hombre tal como es en su

condición presente; sondea las heridas que el buitre del mal ha abierto en las carnes del infeliz Prometeo, y aplica á ellas el único remedio que puede sanarlas; le recuerda el barro de que fué formado, para enfrenar la pujanza de su soberbia, y las excelencias de su espíritu, para alentarle en las luchas de la vida, y llevando en triunfo el arca santa de la verdad por entre las legiones del error, define al hombre mejor que la Ciencia que lo mutila, y mejor que la Filosofía que solo acierta á columbrar la nobleza de su origen y la eternidad de sus destinos.

Firmes en la fe, hemos confesado la espiritualidad del alma como única explicación racional y satisfactoria de las operaciones intelectuales, y ahora, para mantener esta afirmación y llegar hasta sus últimas consecuencias, se hace necesario que pasemos adelante en el estudio de la humana naturaleza. El cuerpo sin el alma es un cadáver, un puñado de polvo, es materia; el alma sin el cuerpo, es un espíritu, y juntos la materia y el espíritu, constituyen el hombre.

¿Qué relaciones hay entre la materia y el espíritu? ¿Cómo es posible que, siendo substancias tan diversas, se junten para formar el compuesto humano? He aquí las dos cuestiones que voy á examinar, contando con vuestra benevolencia.

Creyeron los antiguos que, en el orden material, ninguna cosa había más simple que la luz. Newton, por medio de ingeniosas experiencias, descompuso el rayo blanco en los que él llamó *colores complementarios*; lo volvió á componer, desmostrado lo que habían sospechado los filósofos escolásticos al llamar con Santo Tomás á la luz, *hipóstasis de todos colores*<sup>1</sup>.

Por mucho tiempo figuró el agua entre los cuerpos elementales, base de todas las combinaciones, hasta que Carlisle y Nicholson, valiéndose de la pila voltaica, pusieron en libertad al oxígeno y al hidrógeno que la componen, rompiendo el lazo que los unía.

Lo que un prisma de cristal hace con la luz y una chispa eléctrica con el agua, eso puede hacer en nosotros, con alguna semejanza, la observación subjetiva, el sentido íntimo. Tenemos conciencia de nuestra identidad personal en todos los momentos de la vida; afirmamos la unidad de nuestro ser con tal tenacidad, que no acertamos á comprender cómo sea posible negarla sin incurrir en una inconcebible monstruosidad, y, sin embargo, sentimos las tendencias y las inclinaciones de los dos elementos que componen nuestra naturaleza: *la carne lucha contra*

<sup>1</sup> Sent. lib. 3, dist. 23, q. 2, 1, 1.

*el espíritu, y el espíritu contra la carne*<sup>1</sup>. San Pablo, pidiendo á Dios que le librase del cuerpo mortal que sofocaba las aspiraciones de su alma<sup>2</sup>, y Turena, diciéndose á sí mismo, al comenzar una batalla: ¿tiembblas, esqueleto? aún temblarías más si supieses á dónde pienso conducirte, resumen con sus voces elocuentes los abundantes testimonios que la Historia nos ofrece en confirmación de esta verdad.

El hombre es un ser compuesto de espíritu y de materia, de alma y cuerpo, y la Iglesia, al repetir las palabras del Símbolo Atanasiano: *anima rationalis et caro unus est homo*, condena igualmente las negaciones del materialismo y las exageradas afirmaciones de los soñadores idealistas. Porque todo se ha negado: la realidad del espíritu, porque no es palpable, y la realidad de la materia, considerándola como una ilusión; y no os extrañéis, señores, ni tengáis por imposible semejante aberración; porque, decidme: ¿qué es la materia? Los filósofos griegos, que llevaron la sutileza de sus especulaciones, más lejos que todas las otras escuelas de la antigüedad, no acertaron á definirla de una manera positiva, y la llamaron *yle*, que quiere decir caos, confusión. Vosotros creéis en su realidad,

<sup>1</sup> Galat. V. 17.

<sup>2</sup> Rom. VII, 24.

porque véis sus propiedades: extensión, peso, color y figura; pero tomad un pedazo de materia, sujetadlo á la influencia de una elevada temperatura, y la veréis reblandecerse, adquirir propiedades que antes no tenía, y si continuáis el experimento y seguís aumentando la fuerza del calor, la pasta se liquida, y á poco que os excedáis, del todo se desvanece, dejándoos solos en vuestro laboratorio. Y, sin embargo, nada más racional que creer en la realidad de los cuerpos, porque se ven y se analizan sus propiedades, aunque no se vea ni se analice su esencia, como nada más racional ni más científico que creer en la existencia de los espíritus, porque así lo reclaman sus propiedades.

La Religión, ha dicho Bacon, es el aroma que impide que la Ciencia se corrompa, sentencia pocas veces mejor justificada que en la ocasión presente; pues, ¿qué hubiésemos sabido de la naturaleza del hombre, si hubiésemos tenido que escoger entre Demócrito y Platón, entre Condillac y Descartes, entre el materialismo que nos rebaja y el idealismo que nos adula? La misma Filosofía aristotélica, con ser tan luminosa, aún después de purificada de sus herrumbres en aquella soberana alquimia del escolasticismo, no nos deja satisfechos, porque no nos basta para comprender toda la majestad de un monumento contar los si-

llares de que está formado, admirar la corrección de sus líneas y la armonía del conjunto; queremos más, necesitamos elevarnos á la idea que presidió á su ejecución y conocer el simbolismo profundo de su fábrica, y esto, señores, solo podía decírnoslo el mismo que lo hizo, el genio creador que labró la estupenda maravilla.

La Religión sigue la línea equinoccial de la verdad; ocupa como la virtud el medio entre los extremos igualmente viciosos, y nos dice que el hombre es el eslabón que junta al mundo visible con el mundo invisible, el mundo de la materia con el mundo de los espíritus; que si es admirable la fábrica de su cuerpo, Dios ha sellado su frente con la lumbre de su rostro, ha impreso en su alma su imagen y semejanza, y le ha hecho capaz de aspirar á la participación de su Divina naturaleza.

La Religión conoce las estrechas relaciones que en una misma persona juntan al espíritu y á la materia; sabe que si la vida orgánica es capaz, cuando es desordenada, de empañar el limpio cristal del pensamiento, la tensión del espíritu, cuando es excesiva, puede romper los delicados resortes del cuerpo, y en este conocimiento funda su terapéutica moral, para impedir que se altere el equilibrio, condición necesaria de la armonía, que el hombre terrenal se sobreponga

y venza al hombre celestial, que el polvo se convierta en barro. Por eso nos manda mantener á raya las pasiones con los preceptos de una discreta austeridad, y nos permite dar al espíritu el solaz de un honesto esparcimiento.

Pero, dejemos, señores, estas consideraciones generales, que aquilatan el mérito de nuestra doctrina, y entremos de lleno en los detalles que más confirman su verdad.

Hemos demostrado la espiritualidad del alma, fijándonos tan solo en las manifestaciones de la inteligencia; pero el hombre, además del entendimiento que de todos los seres inferiores á él le diferencia, reúne en su naturaleza las funciones comunes á todos ellos en sus respectivos órdenes, como compendio que es del mundo y resumen abreviado de la Creación entera. Vegeta como las plantas, siente como los animales, piensa y quiere con las facultades que son atributo del alma racional. Ahora bien, señores: esa alma, ¿es el único principio vital de todas estas operaciones? ¿hay en cada hombre tres principios según la diversidad de ellas, como pretendió Platón, ó dos como aseguran los *vitalistas* de la escuela de Montpellier y han defendido en Alemania Baltzer y Günther? No es ociosa la cuestión, sino de la mayor importancia, por estar íntimamente enlazada con los dogmas de la fe, y así lo

declararon el Concilio Constantinopolitano IV (869) <sup>1</sup>; y Pío IX, en su célebre epístola al Obispo de Breslau (30 Abril, 1860) <sup>2</sup>.

Yo prescindo de muchas de las razones filosóficas que militan en favor de la unidad del principio vital en el hombre, y solo voy á exponer las más palpables, las que están al alcance de todo el mundo.

Es un hecho, y así lo hemos consignado, que existe una relación estrecha entre todas las facultades humanas en el desempeño de sus funciones respectivas, demostrando la perfecta solidaridad que las mantiene unidas, para que resulte de su unión la perfección del organismo. La tensión excesiva de cualquiera de ellas, repercute necesariamente en las demás y puede llegar á perjudicarlas, como acredita la experiencia <sup>3</sup>. Una meditación profunda nos absorbe de tal ma-

1 «Veteri et Novo Testamento unam animam rationalem et intellectualem habere hominem docente, et omnibus deoiquis patribus et magistris Ecclesie eandem opinionem asseverantibus.... Si quis autem contraria gerere presumpserit huic sancte et magnae Synodo anathema sit, et a fide atque cultura Christianorum alienus.»

2 «Hanc sententiam, que unum in homine ponit vite principium, animam scilicet rationalem, a qua corpus quoque et motum et vitam omnem et sensum accipit, in Dei Ecclesia esse comunissimam; atque Doctoribus plerisque, et probatissimis quidem maxime, cum Ecclesie dogmate ita videri conjunctam, ut hujus sit legitima sola que vera interpretatio, nec proinde sine errore in Fide possit negari.»

3 «Una operatio anime, cum fuerit intensa impedit aliam; quod nullo modo contingeret, nisi principium actionum esset per essentiam unum.» *Summa Theol.* I. q. LXXVI, a. 3, c.

nera, que de nada de lo que á nuestro alrededor sucede nos damos cuenta. Arquímedes, cuando descubrió el teorema que inmortaliza su nombre, no se apercibió de que estaba desnudo, y como salió del baño, se entró voceando por las calles de Siracusa; el soldado herido en lo más recio de la pelea, no siente muchas veces el dolor hasta que vé manar la sangre de su herida; la alegría y el quebranto, si son extremados, pueden causar la muerte; la cólera y el miedo, el placer y la tristeza, influyen poderosamente en la circulación de la sangre y en sus órganos. «Mejor que nuestros modernos mecánicos, dice Bichat, conocían los antiguos las leyes de la economía animal, y creían que las afecciones melancólicas se disipaban con los humores malignos... Sus errores acerca de la *atrabilis*, demuestran la exactitud de sus observaciones, en lo que se refiere á las relaciones que existen entre el estado de los órganos y el estado del alma <sup>1</sup>.»

Sería de todo punto inexplicable tan íntimo consorcio, si no fuese uno é idéntico el principio en que radican todas las energías vitales, si el alma que piensa no fuese la misma que siente y vive, porque decir que estos hechos son efecto del *comercio* del alma con el cuerpo, es enunciar

1 *Recherches Physiologiques sur la vie et la mort.* I partie, VI, p. 2.